

Alejo Carpentier no duda de que Colón nació en Génova y adopta más resueltamente la tesis de que era un judío, la cual no sólo le permite, como a Blasco Ibáñez, explicar algunos aspectos de su vida, sino también algunos rasgos de su carácter, ya que, para empezar, Colón se sentía predestinado y se había inventado «el nombre de Christophoros», asignándose «una misión sagrada» (p. 107); además, siempre se mostró codicioso y con razón se le ha reprochado «el hecho de mencionar sólo catorce veces el nombre del Todopoderoso en una relación general donde las menciones de ORO pasan de doscientas» (p. 126), pues no sólo recorrió las islas del Caribe en busca de pedazos del precioso metal que los indios le daban a cambio de objetos «que no valían un maravedí» (p. 114), sino que no vaciló en recomendar la trata de esclavos para rentabilizar la empresa de Indias; por último, se ha observado que en la relación de su primer viaje invoca «a Dios y a Nuestro Señor [no a Jesucristo] de un modo que revela el verdadero fondo de una mente más nutrida del Antiguo Testamento que de los Evangelios, más próxima a las iras y perdones del Señor de las Batallas que de las parábolas samaritanas» (p. 126). Los partidarios de la tesis de que Colón era judío ya habían buscado pruebas «en su temperamento y en sus escritos»<sup>29</sup>, y Alejo Carpentier retoma sus argumentos. Hay que agregar únicamente que con esta tesis hace verosímil la de la información islandesa, pues si bien Colón y el maestre Jacobo podían haber sido italianos, ya que en esa época no faltaban italianos radicados en Inglaterra que muy bien podían hacer viajes comerciales a Islandia, todo resulta más creíble si ambos son judíos, por la imagen que se tiene de éstos; incluso así se entiende mejor que Colón haya percibido desde un principio la importancia de la saga de Leif Ericson y que más tarde haya sabido sacarle todo el provecho.

## Amores

Salvador de Madariaga, «obsesionado... por la idea de un Colón judío y por lo tanto calculador»<sup>30</sup>, lo hace frecuentar un convento de Lisboa en el que se impartía enseñanza a muchas nobles damas «a medida de los deseos del navegante más ambicioso»<sup>31</sup> y en el que conoce a Felipa Muñiz, con quien se casó; ésta era hija de Bartolomé Perestrello, que tenía el cargo hereditario de gobernador de la isla de Porto Santo, y Madariaga piensa que «el motivo principal que lo llevó a entroncar con los Perestrellos era precisamente la relación de esta familia con Porto Santo»<sup>32</sup>; también Alejo Carpentier considera interesado este matrimonio, pero lo atribuye a que ella «estaba emparentada con los Braganzas, y ésta era puerta abierta... para entrar en la corte de Portugal» (p. 80), que era, se entiende, lo que necesitaba Colón y no una isla, por muy bien situada en el Atlántico que estuviera; ade-

<sup>29</sup> *Gandía*, p. 103.

<sup>30</sup> *Heers*, p. 86.

<sup>31</sup> *Madariaga*, p. 129.

<sup>32</sup> *Madariaga*, p. 130.

más, describe a Felipa como una viuda «de joven semblante y lozano cuerpo» (p. 80), en lo que por lo menos en parte coincide con Jacob Wassermann, que la menciona como «una noble portuguesa de belleza excepcional»<sup>33</sup> y, aunque no la relaciona con la familia real, piensa que «Es probable que su mujer lo pusiera en contacto con personas de la corte»<sup>34</sup>. Por un lado, Carpentier presenta como un hecho lo que Wassermann sólo conjetura, y, por otro, combina esta idea con la del matrimonio por interés, a la que agrega la de la belleza de Felipa, que es un detalle novelesco imprescindible.

De manera consecuente y muy semejante, Alejo Carpentier convierte a Colón en amante de Isabel y le da una interpretación materialista a la asociación «providencial» del gran hombre y la soberana, que es uno de los más importantes elementos del mito; es cierto que hay una comedia (muy poco conocida) en la que el genovés se gana en el lecho el apoyo de la reina<sup>35</sup>, pero en esa comedia sólo se menciona que eran amantes y de ningún modo se muestra esto en escena, mientras que Carpentier logra presentar de manera convincente sus relaciones. Por un lado, Colón aparece como un hombre «de apuesta figura, nobles facciones y nariz aguileña», que además de tener «fácil la palabra» y «sin arrugas el rostro» se presenta rodeado por una aureola de aventura, por lo que incluso sus canas le daban «una cierta majestad, unida a la idea de experiencia y buen criterio» (p. 87). Por otro lado, Isabel era una «mujer rubia, muy rubia, a semejanza de ciertas venecianas» (p. 88) y, aunque acababa de cumplir cuarenta años, «sus ojos verdiazules eran de gran belleza, en su semblante tan terso y sonrosado cual el de una doncella, agraciado por un mohín irónico e intencionado, debido acaso a las muchas victorias que su aguda inteligencia le había valido en días de desacuerdos políticos y horas de grandes decisiones»<sup>36</sup> (p. 88). Además, «No era ya —esto lo sabían muchos— la reina enamorada de quien, inmerecedor de tal sentimiento, la engañaba, a vistas y a sabidas de sus fámulos, con cualquiera dama de honor, señora de corte, guapa camarera o garrida fregona, que le saliera al paso» (p. 88). En suma, era una mujer atractiva y se encontraba más o menos abandonada. Por si esto fuera poco, el rey no hacía nada importante sin el consentimiento de ella, que era quien gobernaba de verdad, porque «A ella tenía que someter sus disposiciones y decretos, y a ella también sus propias cartas, leídas con tal autoridad que si a ella desagrababa alguna, al punto la hacía rasgar por un secreto en presencia de su marido, cuyas órdenes —era cosa sabida— no eran tenidas en mucho, aun en Aragón y en Cataluña, en tanto que

<sup>33</sup> Wassermann, p. 24.

<sup>34</sup> Wassermann, p. 27.

<sup>35</sup> De esta comedia se conserva una escena en las *Gesammelte Werke* (Reinbeck, 1972) de Kurt Tucholsky, que la escribió con Walter Hasenclever; además, la describe Ernst Wetzell en *Der Kolumbus-Stoff im deutschen Geistesleben* (Breslau: 1935) pp. 84-85, que la considera bastante mala.

<sup>36</sup> La descripción de la reina coincide con la de Hernando del Pulgar en *Claros varones de Castilla*, colección Austral, n.º 832 (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1948) pp. 135 y 136; la de Colón con la de su hijo Fernando, pero el genovés parece aquí mucho menos claro de piel, pues Carpentier no dice que tuviera «la color blanca y encendida», sino que más bien lo presenta bronceado.

todos temblaban ante las de quien se tenía, en todo el reino, por persona de cuerpo más entero, ingenio más despierto, y de más grande corazón y sapiencia» (p. 89)<sup>37</sup>. En esta forma se explica, en fin, que el genovés se convirtiera en amante de la reina. Sin embargo, Carpentier aclara que si bien ella como mujer tenía interés en él y de noche le prometía el más completo apoyo a sus planes, de día olvidaba sus promesas, porque como reina no lo apreciaba igual. Naturalmente, él acabó perdiendo la paciencia y se marchó amenazándola con presentarle su proyecto al rey de Francia, pero ella lo hizo volver para comunicarle que le había conseguido un millón de maravedíes. Se los había pedido prestados al banquero Santángel a quien le había dado en garantía unas joyas que en realidad valían mucho menos. Además, ella las podría recobrar en cualquier momento «Y sin devolver el millón» (p. 95), porque había expulsado de sus reinos a los judíos y bien podía el converso Santángel pagar un millón de maravedíes por el privilegio de quedarse donde tenía muy buenos negocios. Por lo demás, Colón no la había convencido únicamente con la amenaza de irse a Francia sino que además le había revelado su secreto, lo que había sabido en Islandia, es decir que al otro lado del océano había tierras y que la expedición era a lo seguro. De este modo, Carpentier nos da una explicación materialista de los hechos y hace verosímil la tesis más atrevida de su novela.

La versión de Blasco Ibáñez es completamente opuesta. La decisión de patrocinar la empresa descubridora no es de la reina, sino de Fernando, que al principio no había podido disimular su asombro al escuchar las pretensiones de Colón, pues éste, entre otras cosas por el estilo, «pedía ser virrey y gobernador a perpetuidad de cuantas tierras descubriese viajando hacia Occidente, libres de soberano o que él pudiera conquistar, transmitiendo dicho gobierno a sus hijos hasta sus más remotos descendientes» (p. 99); sin embargo, Santángel lo convenció de que aceptara sus condiciones, argumentando que mal podría el genovés apoderarse de algún reino, «si llegaba a las tierras del Gran Kan con tres naos y un centenar de hombres» (p. 103). Y de acuerdo con esto, Alejo Carpentier no sólo convirtió la decisión del rey en una decisión de la reina sino que para darle a ésta mayor fuerza eliminó el papel que desempeñaba Santángel. Hay además oposición en la manera de trabajar el episodio de las joyas, pues Blasco Ibáñez rechaza la leyenda; Isabel no pudo empeñarlas porque «Sus joyas estaban empeñadas hacía mucho tiempo, y era el mismo Santán-

<sup>37</sup> Menéndez Pidal escribe que el cronista Alonso de Palencia «va recogiendo noticias de cómo aquí y allá las gentes murmuraban porque la voluntad del rey se supeditaba a la de la reina» y anota que «el viajero Nicolau von Poppelau, que en 1484 vio a los Reyes en Sevilla, pudo percibir cómo el rey no hacía nada sin consentimiento de la reina; no sellaba sus propias cartas sin que la reina las leyese, y si la reina desaprobaba alguna, el secretario la rasgaba en presencia del mismo rey; observaba también este viajero que las órdenes del rey, aun en Aragón o en Cataluña, no eran tenidas en mucho, pero todos temblaban al nombre de la reina». Además, recuerda que Lucio Marineo Sículo había dicho que «tametsi multorum iudicio forma Regina pulchrior, ingenio acutior, animo spendidior, et decoro gravior habebatur», es decir que «a juicio de muchos la reina era de aspecto más majestuoso, de ingenio más vivo, de alma más grande y de conducta más grave», según traduce en una parte, pues en otra escribe simplemente que «a juicio de muchos, la reina era de ingenio más vivo, de corazón más grande y de mayor gravedad». No hay duda de que Carpentier se basa en Menéndez Pidal y sólo modifica su traducción. Los Reyes Católicos y otros estudios, colección Austral n.º 1.268 (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1962) pp 31.32 y 62.